

LOS NAUFRAGIOS DE ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA: ENTRE LA CRONICA Y LA NOVELA

por

TRINIDAD BARRERA LÓPEZ
CARMEN DE MORA VALCÁRCEL

INTRODUCCIÓN

En 1542 se editó por primera vez en Zamora la *Relación de lo acaecido en Indias*, más conocida por el nombre de *Los Naufragios* que posteriormente vería de nuevo la luz en una edición conjunta con *Los Comentarios*, escritos al parecer, por Pedro Hernández, secretario y escribano de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (Valladolid, 1555). Esta segunda parte es el testimonio de una nueva expedición emprendida en 1540 por el propio Alvar Núñez como Adelantado, Gobernador y Capitán General del Río de la Plata.

Pocos datos se conocen acerca de su biografía, aún la fecha de su nacimiento (entre finales del siglo XV y principios del XVI) y de su muerte (hacia la mitad del XVI) resultan aproximativas. El único testimonio biográfico fidedigno es el que él mismo nos ha legado en el capítulo XXXVIII de *Los Naufragios*: «Hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó a Canarias, y su madre es llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera» (pág. 548).¹

Puesto que Alvar Núñez continúa siendo en este dominio

¹ Citaremos por el tomo XXII de la Biblioteca de Autores Españoles: *Historiadores primitivos de Indias*, I, Madrid, ed. Atlas, 1946. El sistema a seguir en las citas será colocar el núm. de la página y el capítulo correspondiente.

un «gran desconocido», nosotros hemos pretendido, al menos, sacar a la luz los diversos valores que su crónica ofrece, enfocando el texto, principalmente, desde una perspectiva literaria, como corresponde a nuestro campo de investigación.

La visión adoptada por Cabeza de Vaca es la de un explorador que refleja su propia experiencia americana directamente. Relato o crónica autobiográfica, entendiendo la palabra cronista en un sentido amplio «para hacer referencia a cuantos escribieron relatos desde muy diversas posiciones». ²

Como en el caso de otros muchos cronistas, sus prodigiosas hazañas le merecieron una grata recompensa, el cargo de Adelantado del Río de la Plata, puesto del que fue pronto destituido por intrigas y traiciones.

1. EL ENFRENTAMIENTO DE CULTURAS

De todos conocido es cómo en los textos de los primeros cronistas del descubrimiento de América se nos presenta el contraste entre el «buen salvaje», el habitante de aquellas tierras, y el europeo, contaminado por la civilización. Fruto de la comparación entre el indio y el blanco comienza a circular una corriente de pensamiento favorable al primero, instaurada ya por el propio Colón en sus *Cartas*. Junto a este aspecto aparece también en sus notas la consideración de aquella tierra como un paraíso terrenal, inspirado en el «jardín de eterna primavera» renacentista, y la hipérbole, como forma de enjuiciar lo que ve. Aspectos todos ellos que intentaremos desentrañar en los *Naufragios*.

El mito del «buen salvaje» que tan larga repercusión tendría posteriormente en la literatura europea del siglo XVIII y XIX, encuentra su formulación no sólo en Colón sino también en Pedro Mártir de Anglería, primer cronista oficial del Descubrimiento. A partir de ellos el camino quedó abierto a futuras indagaciones y polémicas sobre el tema.

² Sáinz de Medrano, Luis: *Reencuentro con los cronistas de Indias*, en «Anales de Literatura Hispanoamericana», núm. 6, 1977, pág. 20.

Sin embargo, este choque de cultura y civilizaciones disímiles, el hombre americano frente al hombre europeo, presenta en nuestra crónica unas características peculiares y, por ende, ambivalentes. El primer paso de este contraste viene marcado por la sorpresa, el deslumbramiento y, a veces, la admiración ante el nativo, aunque en este caso sería más acertado hablar de nativos, pues son muchas y variadas las tribus con las que el protagonista de los *Naufragios* se pone en contacto por las tierras del Norte de México. Ese primer momento se ejemplificará claramente en el texto. Ahora bien, pasar de esa sorpresa o asombro a la consideración global de «buen salvaje» es ya más problemático aquí, puesto que, no en vano, de lo que se trata es, no ya sólo del descubrimiento, sino de la conquista y exploración de unas determinadas tierras, en las que entrarán en juego la supervivencia y el predominio, así como la defensa de un suelo, por parte de los indios, cuya propiedad y asentamiento costaría grandes esfuerzos discutirlos.

Cabeza de Vaca nos irá dando a lo largo de sus páginas una doble visión del indígena, prototipo de bondad e inocencia, pero también de astucia y malas intenciones, a lo cual hay que añadir la presentación que de ellos hace dentro de su propio marco ambiental.

Tres serán los puntos que trataremos a la hora de analizar el enfrentamiento de ambas culturas; uno, referido a la impresión que le produce el territorio: flora, fauna, montes, ríos; es decir, la naturaleza salvaje y sus elementos; otro, su actitud ante el hombre, el habitante/s de aquellas tierras, atendiendo, bien a su aspecto físico, bien a sus cualidades morales; y derivado de este punto se aludirá a las costumbres más llamativas y pintorescas que observa en las diversas tribus (religión, alimentación, formas de guerrear, matrimonios, etc.).

Es evidente que uno de los rasgos más peculiares del relato es la información detallada que Cabeza de Vaca irá, gradualmente, dándonos de todo lo que observa y padece (este segundo apartado será analizado a propósito de los elementos literarios de la obra). Pero no sólo es significativa la mera observación, sino tam-

bién *cómo* la hace, cuestión que veremos al enjuiciar los procedimientos estilísticos al respecto. La actitud adoptada por el narrador-protagonista y testigo será la descriptiva. A su afán testimonial, característica común a las crónicas de la época, se funde, en ocasiones, la imaginación creadora dada por la fuerza del contraste, de ahí el doble valor de la crónica en los campos históricos y literarios.

La pupila de nuestro explorador queda impresionada primeramente por el terreno, de tal forma que nos dice: «por tierra muy trabajosa de andar y *maravillosa* de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles a *maravilla* altos, y son tantos los que están caídos en el suelo, que nos embarazaban el camino de suerte, que no podíamos pasar sin rodear mucho y con muy gran trabajo...» (521, V). Hemos subrayado las palabras «*maravillosa*» y «a *maravilla*» para dejar constancia del deslumbramiento, lo cual no impide que, asimismo, refleje la dificultad del terreno. De este modo se polariza una de las constantes típicas del relato, el elogio a la hermosura no es óbice al lamento ante la dificultad que esa exhuberancia pone a sus pasos. (En otras ocasiones, haciendo gala de realismo, resaltarán como el rasgo más característico de algunas tierras, la aridez). Actitud semejante se advertirá cuando se trate del indígena.

Del comentario generalizado ante la belleza pasará Cabeza de Vaca, más adelante, a la enumeración de la flora, fauna y montes de Apalache: «por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles y otros que se llaman liquidambares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellos están caídos. El suelo de ellas es arena... Los animales que en ellas vimos, son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas; entre las cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y

acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en una bolsa» (521, VII). Se trata de la *zarigüeya*, registrada también por Fernández de Oviedo, el P. Gumilla y Azara. Prosigue Cabeza de Vaca la descripción, en los siguientes términos: «Por allí la tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay *aves* de muchas maneras, ansares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblís, gavilanes, esmerejones y otras muchas aves» (521, VII). Tal exhuberancia descriptiva nos permite hablar de lo «real maravilloso americano» tal como lo entiende Alejo Carpentier, cuya novela *Los pasos perdidos*, puede colocar una de sus fuentes en los *Naufragios*.

Si la *zarigüeya* motiva una detallada descripción por lo «novedoso» a ojos extranjeros, lo mismo ocurre a propósito del «bisonte» americano: «Alcanzan aquí vacas... y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, y como una bernia; unas son pardillas, y otras magras, y a mi parecer tienen mejor y mas gruesa carne que las de acá» (532, XVIII).

Pero es evidente que la esplendidez del suelo no salva a los expedicionarios de la hostilidad del medio ambiente, sirve como ejemplo las calamidades sin fin a que se ven sometidos en su deambular: tifones, hambre, frío, naufragios, etc.). El propio Alvar Núñez apunta una posible causa cuando dice: «Por toda tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados; y parésceme que sería tierra muy fructífera si fuese labrada y habitada de gente de razón» (533, XIX). Explícita distinción humana no ajena al pensamiento de la época.

En suma, podemos aventurar como teoría que las tierras recorridas por Núñez combinan, en su contemplación subjetiva del paisaje, las notas de paradisíaca y acogedora con las de alucinante y hostil, haciendo, entonces, gala de objetividad. Entre uno y otro polo oscilará su versión acerca de las tierras recorridas, y el saldo final, ya sea por su propia sordidez, ya sea por una explotación inadecuada de su riqueza, es más bien negativo. De este modo, Núñez se inserta más comodamente en la línea «verista» o

realista que en la idealista. Para la historia de la literatura posterior, los *Naufragios* quedará como un escalón necesario dentro del tema paisajístico, tan importante y fecundo en los orígenes.

Si el paisaje ha quedado configurado como uno de los ejes paradigmáticos y definidores del relato, el otro vértice clave será el indígena. Varios aspectos podrían ser analizados a propósito, uno, atañería a la puesta en relieve de la forma usual de intercambio entre las dos razas, que se repite, prácticamente sin variantes, a lo largo del texto. Así, en el encuentro con el cacique Dulchanchelin, se nos dice: «Nosotros le dimos cuentas y casca-beles, y otros rescates, y él dió al gobernador el cuero que traía cubierto» (520, V). Curiosamente es el único ejemplo en los *Naufragios* en que la aparición de un indígena viene acompañada de cierto fausto «maravilloso» que nos recuerda, en cierto modo, la presentación de Moctezuma o Atahualpa: «y allí salió a nosotros un señor que le traía un indio auestas, cubierto de un cuero de venado pintado: traía consigo mucha gente y delante de él venían tañendo unas flautas de caña» (520, V).

Ya en el capítulo VI, Cabeza de Vaca ofrecerá sus primeras impresiones detalladas sobre una zona concreta, Apalache, y los indígenas que la habitan: el maíz, como alimento primordial, las mantas, los vasos para moler, la forma de las casas, etc., serán elementos vinculados a su habitat que escrupulosamente advertirá. Como mentor minucioso, el narrador irá anotando el espectáculo que a su vista se abre. «Es prodigioso ver cómo aquellos cronistas de ojos atónitos que junto a los demás soldados y misioneros comieron carne de sus propios caballos para apaciguar el hambre, y desafiaron vientos, tempestades y toda clase de vicisitudes, supieron reflejar en sus crónicas, no sólo la hermosura del paisaje americano, sino toda una galería espiritual de hechos inauditos y milagrosos». ³ Observación realizada por Edna Coll que, aunque no referida directamente a este relato, matiza lo que hemos dicho anteriormente.

³ Coll, Edna: *Lo real maravilloso americano en los cronistas de Indias*, en «XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana», tomo III, pág. 1.329.

Si en el capítulo VII el nativo es presentado como pacífico por naturaleza (sólo en caso de afrenta se vuelven violentos), en otros momentos, tribus distintas mostrarán actitudes contrarias, ya que a lo largo de tantos kms. se tendrá ocasión de observar variadas y opuestas actitudes que van desde el llanto hondo y sentido por la marcha del grupo de españoles (cap. XXIII) hasta un trato despiadado (cap. XVI). Aunque en honor a la verdad, pesa más en el texto el buen tratamiento que el malo, sin que ello signifique que los indios entre sí no tuviesen sus rencillas, guerras y saqueos. Al comentario sobre la actitud moral de estos aborígenes se suma las plásticas descripciones físicas que Núñez hace de ellos. Sirva como ejemplo significativo las del cap. XIV. La minuciosidad que nuestro narrador detecta a la hora de retratar los diversos pueblos de la zona de Apalache sólo es comparable a la empleada en la isla de Mal Hado —no en balde es el segundo punto importante del recorrido— (cap. XIV). Allí se nos ofrece un documento antropológico muy detallado de las tribus criks, de la familia muskoki, cuya característica más sobresaliente será su bondad, tanto en el trato a los españoles, como entre ellos mismos: «es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen; y cuando acaesce que a alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido» (528, XIV). Lógicamente a la hora de describir, Cabeza de Vaca tendrá que seguir un procedimiento selectivo, de ahí que elija para su relación aquellas costumbres que le resultan más «extrañas» a su mentalidad o hábito —no debemos de perder de vista en los primeros cronistas el concepto de «extrañeza»—, por eso, aquí, se detendrá en los ritos funerarios. Precisamente es en Mal Hado donde se ven obligados a actuar como médicos, situación que le permite narrar la forma que esta tribu tenía de curar a los enfermos. El resultado final es favorable: «Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos...» (529, XV).

Del mismo valor testimonial participa el cap. XVII, «mareames» e «iguaces» serán en esta ocasión las tribus pormenorizadas: aspecto físico, sistema de alimentación..., el objetivismo que

suele singularizar a nuestro narrador se pone, posiblemente, en tela de juicio, permitiéndonos hablar de hiperbolización, cuando nos dice que «comen arañas y huevos de hormigas y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar» (532, XVIII). Y frente a la bondad de sentimientos anteriormente retratados, éstos son calificados de mentirosos, ladrones, borrachos, etc.

Respecto a la descripción física del indígena nos parece muy significativo señalar algunos ejemplos curiosos que vienen marcados por el deslumbramiento del blanco ante el indio. Así, cuando se encaminan a Aute, le salen al encuentro unos indios «flecheros» que «como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grande fuerzas y ligereza» (522, XI). Los caps. XXIV y XXV son relevantes por las costumbres observadas —a modo de recapitulación— en las diversas tribus asentadas desde Mal Hado hasta allí: supersticiones, formas de guerrear, importancia de linajes, etc., sin escatimar elogios parecidos a los anteriores, cuando dice: «Ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frío, como aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros» (537, XXV). En otra ocasión, Cabeza de Vaca se sorprenderá ante la utilización del tabaco mezclado, al parecer, con algún alucinógeno: «en toda la tierra se emborrachan con un humo y dan cuanto tienen por él» (537, XXVI), o la forma de preparar el mezquiquez (cap. XXVII). Como detalle pintoresco aparece su sorpresa ante nativos homosexuales: «entre estos ví una diablura, y es, que ví un hombre casado con otro, y estos son unos hombres amariconados impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres» (538, XXVI), o bien ante el espectáculo de la caza de la liebre: «y en saltando alguna liebre (que por allí había hartas), cercábanla luego, y caían tantos garrotes sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la

hacíamos andar de unos para otros, que a mi ver, era la más hermosa caza que se podía pensar (540, XXIX).

Llegados a este punto cabría preguntarse qué finalidad guía a Núñez en la descripción detallada de estos pueblos y costumbres. Dos serían las respuestas, sacadas del texto: por un lado, el mero papel informativo o registrador cara al público, así en la forma de cocer las calabazas se dice: «yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios e industrias de los hombres» (542, XXX); por otro, una intención didáctica: «Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren a ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardidés, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos» (537, XXV).

El mismo tema puede asimismo retomarse desde la otra orilla: cómo ven los indios a los españoles, faceta que va a tener en el texto unos rasgos muy peculiares. Por una parte habría que apuntar cómo la fama adquirida entre los indios, como médicos, va a proporcionarles, progresivamente, mejor trato, mezcla de agradecimiento y temor por los poderes milagrosos que demostraban, hasta el punto de que les siguen como a auténticos reductores: «Por todo este camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguía, y no podíamos huir de ella, aunque lo procurábamos, porque era muy grande la prisa que tenían por llegar a tocarnos» (539, XXVIII), y aún más en el cap. XXXI —importante además por la descripción de una nueva tribu, posiblemente del grupo de los «pueblos»— donde se dice: «y entre todas estas gentes se tenía por muy cierto que veníamos del cielo» (543, XXXI), circunstancia que aprovechará nuestro protagonista para manifestar el *propósito evangelizador*, subyacente en toda empresa americana de la época: «y dijímosles, (...) que en el cielo había un hombre que llamábamos Dios, el cual había criado el cielo y la tierra, y que éste adorábamos nosotros y teníamos por señor y que hacíamos lo que nos mandaba, y que de su mano venían todas las cosas buenas, y que así ellos lo hiciesen les iría muy bien de ellos; y tan grande aparejo hallamos en

ellos, que si lengua hobiera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejáramos cristianos» (543, XXXI).

Igualmente significativo es el capítulo siguiente, pues en el tema del enfrentamiento de culturas disímiles, vamos a comprobar cómo ven los indios, no ya a Cabeza de Vaca y a sus compañeros, sino a otros conquistadores, encontrándonos con el típico retrato de la época: «En este tiempo, Castillo vió al cuello de un indio una evilleta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela, y preguntámosle qué cosa era aquella, y dijéronnos que habían venido del cielo. Preguntámosle más, que quien la había traído de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos, lanzas y espadas...» (543, XXXII). Pero aún ahonda más Núñez, en la línea crítico-realista o denunciadora al no escatimar su reproche a una situación injusta de trato: «y aún contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos... Como los víamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados a dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar y ser tratados con tanta crueldad como hasta allí» (544, XXXII). Hasta tal punto se comporta Cabeza de Vaca que llega a formular abiertamente cuál es su ideal evangelizador para aquellas gentes —que está con certeza en la línea lascasiana— «por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídos a ser cristianos y a obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que éste es camino muy cierto, y otro no» (544, XXXII)

Está claro que el comportamiento seguido por ellos difiere del de otros compatriotas, y los indios así saben apreciarlo, cuando recogiendo su sentir, se expresan en el texto: «diciendo (los indios) que los cristianos (se refieren al grupo encontrado por Cabeza de Vaca, ya referido en capítulos anteriores) mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol, y ellos de donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos, y que nosotros veníamos desnudos y des-

calzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teníamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tomábamos luego a dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban y nunca daban nada a nadie...; (545, XXXIV). A pesar de todo, consigue convencerlos para que se asienten y siembren sus tierras, dejando constancia de sus intenciones: «Despedidos los indios, nos dijeron si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren será por culpa de los cristianos» (545, XXXIV). Los capítulos XXXV y XXXVI ahondan en el propósito evangelizador, uno de los principales móviles de la Conquista. Precisamente, el cap. XXXV deja al descubierto uno de los principios rectores del pensamiento de la época, magistralmente señalado con posterioridad, por el Inca Garcilaso de la Vega, nos referimos al uniformismo sicológico (religioso, en este caso): «y preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y a quién pedían el agua... y la salud..., respondieron que a un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba y dijeron que Aguar, y que creían que él había criado todo el mundo y las cosas de él... Nosotros les dijimos que aquel que ellos decían, nosotros le llamábamos Dios, y que así lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos... y mandámosles que... hiciesen sus casas, y que entre ellos hiciesen una para Dios, y pudiesen a la entrada una cruz... (546, XXXV). Al mandato de hacer iglesias se suma en el capítulo siguiente el deseo de que bauticen a los hijos de los principales señores y de que se respeten a aquellos seres: «Dios Nuestro Señor, por su infinita misericordia quiera que en los días de V. M. y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor, que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será y que Vuestra Majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses después de salidos de captivos, sin parar anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificio ni idolatría» (547, XXXVI).

De los seiscientos hombres que iban en la expedición, sólo

cuatro llegaron a España, entre los cuales se contaba nuestro narrador.

Podemos concluir afirmando que Cabeza de Vaca nos ofrece en sus *Naufragios*, una impresión detallada y minuciosa, a veces, de cuánto observa en las miles de leguas recorridas, ya sea en lo referente al territorio, donde a menudo se acerca a «lo real maravilloso», ya sea en lo referente al hombre americano. El tipo físico del indígena, su religión, costumbres, formas de vida, hábitos guerreros, etc., causan la admiración y sorpresa a sus ojos españoles; la finalidad que le guía en su descriptivismo es fundamentalmente didáctica y ejemplificadora para futuras expediciones. Ya casi al término del relato matizará sus preocupaciones antropológicas, etnológicas y folklóricas con la preocupación social en torno al trato y sistema de evangelización a seguir con estos hombres. El testimonio de lo visto y lo vivido priva aquí sobre lo ficticio, el descriptivismo de costumbres ajenas y extrañas es la base que sustenta su testimonio, y si el deslumbramiento del cronista es cierto en cuanto al territorio y ante sus habitantes, no menos cierto es también que el deslumbramiento es recíproco, pues cuando nuestros héroes comienzan a adquirir ese «olor a santidad», allá por los últimos pasos del periplo, los indios quedan tan admirados ante sus artes que llegan prácticamente a la adoración de sus personas. Pero nuestro relato es aún más jugoso, pues nos permite conocer que el comportamiento y trato de los españoles hacia los aborígenes no era el mismo en todos, teniendo Cabeza de Vaca para aquéllos un abierto reproche, sin encubrimiento de ningún tipo.

2. LOS MÓVILES DE LA CONQUISTA Y LOS NAUFRAGIOS

Irving Leonard señaló en su libro,⁴ ya clásico, los tres móviles principales de la conquista de América: oro, fama y evangelio. Veámos hasta que punto los *Naufragios* se ajustan a ellos. Respecto al primero no escapa a nuestra atención que fue metal

4 Leonard, Irving A.: *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1953.

muy codiciado, pues en varias ocasiones el encandilamiento por él guió sus pasos, así se encaminan a Apalache «donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había» (521, V); más adelante, en el cap. XXI se encuentran con unos indios que les regalan piedras preciosas, ante lo que muestran gran contento, y al final casi (cap. XXXVII), cuando se encuentran con los portugueses, a la pregunta del capitán Diego de Silveira sobre la mercadería «le respondimos que... traíamos plata y oro; y preguntonos qué tanto sería; el maestro le dijo que traería trescientos mil castellanos. Respondió el capitán: *Bo fe que venís muito ricos*» (548, XXXVII). Sin embargo, a pesar de lo citado, las penalidades fueron tan grandes que hubo más miseria que riqueza.

En cuanto al segundo móvil, la fama, se nos ofrece el ejemplo más palpable en la propia redacción autobiográfica de Cabeza de Vaca ¡qué mejor forma de adquirir fama que trasladar por escrito sus desventuras y difundir de esta guisa su labor! Aparte de esto, Núñez muestra en el relato una honda preocupación por la cuestión renacentista de la fama u honra, cuando al haber desacuerdo entre él y el gobernador, dice: «que yo quería más aventurarme al peligro que él... que no... dar ocasión a que se dijese que... me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa» (520, IV).

El motivo religioso ha quedado ya señalado en los caps. XXXI, XXXII, XXXV y XXXVI, incluyéndose Núñez como portavoz del universalismo católico que justifica la empresa de asentamiento en aquellas tierras; de «fidelidad indeclinable al emperador» y «empeño honesto de extender las enseñanzas evangélicas», habla Eduardo Tijeras.⁵

3. REPERCUSIÓN MÍTICA DE LA OBRA

Es bien sabido cómo los hechos narrados por los cronistas van a contribuir a difundir o revivir una serie de mitos: el Dorado, La Ciudad de los Césares, la fuente de la Juventud, etc. Pues

⁵ Tijeras, Eduardo: *Crónica de la frontera. Antología de los primitivos historiadores de Indias*, Madrid, Júcar, 1974, pág. 23.

bien, nuestra crónica participa igualmente de esta característica. A partir de la difusión de *Los Naufragios* se despierta en Nueva España la idea de que al norte de la ruta seguida por los expedicionarios existían siete ciudades fundadas por siete obispos fugitivos de los árabes.⁶ Dos franciscanos intentaron llegar hasta allí, Fray Juan de Olmedo y Fray Marcos de Niza, éste último, gracias al virrey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza (1539), emprende su expedición y cuenta haber visto desde lejos Cíbola, una de las siete fantásticas ciudades. Las noticias de Fray Marcos ocasionaron que se preparase otra misión exploradora, encomendada a Francisco Vázquez Coronado; nada de lo dicho por el iluso Fray Marcos se encontró, sin embargo, gracias a esa expedición se descubrió el Gran Cañón de Colorado y la desembocadura de este río.

4. LOS NAUFRAGIOS Y LA FORMA DE APREHENSIÓN DE LA REALIDAD

Como bien dice Rosenblat «la primera visión de América es la visión de un sueño... El hombre que como descubridor, como conquistador, como emigrante o como viajero llega a América, al mismo tiempo que se siente sumido en la realidad nueva, que se americaniza, va revistiendo su nuevo mundo, tan extenso, con las imágenes y las voces de su mundo familiar».⁷ Esta cita nos lleva a plantear el modo de aprehender esa realidad exótica, deslumbrante que se abre ante sí. Los procedimientos estilísticos utilizados por los primeros visitantes del Nuevo Mundo se pueden reducir —como bien apunta Cioranescu⁸— a tres. Estos tres mo-

6 Según una leyenda europea, en el siglo VIII un obispo español, huyendo de la invasión árabe, fundó en la isla Antillia del mar Tenebroso, siete soberbias ciudades. Entre los mejicanos existe la leyenda de las siete cuevas de las que, en tiempos remotos, habían salido los antepasados de los aztecas. Con la unión de ambas fábulas y el relato de Cabeza de Vaca, deciden buscar en aquella dirección.

7 Rosenblat, Angel: *La primera visión de América y otros estudios*. Caracas, Ministerio de Educación, 1965, pág. 46.

8 Cioranescu, Alejandro: *Colón humanista*. Madrid, ed. Prensa Española, 1967.

dos no son para él simultáneos, pero en la obra que tratamos, se van a dar al unísono. El primero consiste en designar lo nuevo con nombres antiguos, es la forma más común en nuestro relato. Con la utilización del recurso de la oposición o de la comparación, describirá nuestro protagonista lo que ve. Así, ante los palmitos se dice que son «de la manera de los de Andalucía» (520, V), más adelante unos palmitos bajos serán «de la manera de los de Castilla» (521, VII); para explicar la forma en que están esparcidas las casas, se dirá «de la manera que están las de los Gélves» (521, VII); el olor de las mantas de martas cebelinas «no parece sino de ámbar y almizcle» (524, IX). En otra ocasión, para describir unas raíces que sirven de alimento a una de estas tribus, dice que son «como nueces» (526, XII); ante una fruta nueva y exótica que no conoce, señala «que es como frísoles» (529, XVI); más adelante para indicar el tamaño de unas nueces se las compara con las de Galicia (530, XVII); las tunas, uno de los alimentos más comunes entre los indios, son, ora «del tamaño de huevos» (530, XVII), ora su líquido es de «color de arrope» (533, XIX). Cuando se encuentra con el bisonte, lo llama vaca «del tamaño de las de España» (532, XVIII), pero pasa a describir sus partes (no en vano debía de resultarle algo distinta a las vacas españolas), así sus cuernos pequeños «como moriscas», «el pelo muy largo, merino, como una bernia» y «mas gruesa carne que las de acá». El mezquiquez «es de la manera de algarrobas» (538, XXVII). Pero si los frutos y animales son los más citados, el encuentro de un río le lleva a decir que «sería tan ancho como el de Sevilla» (538, XXVII). A veces la duda del narrador se transparenta cuando observa que «hay por aquella tierra pinos chicos, y las piñas de ellos son como huevos pequeños, más los piñones son mejores que los de Castilla» (540, XXIX). Es decir, que ni las piñas ni los piñones responden exactamente a lo que él conoce. Sin dudas, éste es el procedimiento más corriente, le sigue en importancia la pura descripción, como en el ejemplo citado de la zarigüeya o aquel otro de los vestidos de las indias: «Traen una camisa de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias-mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, y en-

jabónnanlas con unas raíces que alimpian mucho, y ansí las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas correas; andan calzadas con zapatos» (543, XXXI). El tercer procedimiento consiste en conservar la realidad americana con nombre americano, dando lugar a la entrada de «americanismos», con lo que se delata ya desde temprano uno de los rasgos característicos de esta literatura, el *mestizaje*: buhios o bohios, papagayos, cacique, maíz, manigua, areito, canoas, etc. De acuerdo con Agustín Yáñez: «aún la lengua está contaminada no sólo con vocablos y giros antípodas no sólo con asuntos de fábula; más todavía, normas inconcebibles de pensar y de sentir la condicionarán». ⁹

5. RESONANCIA LITERARIA

Prueba del éxito de los *Naufragios* nos viene dada por su eco en dos grandes cronistas del momento: Francisco López de Gómara y el Inca Garcilaso de la Vega. Es Gómara el primero que en su *Historia general de las Indias* (1552), I parte, resume en el cap. XLVI «Río de Palmas», el contenido completo de los *Naufragios*, aunque sin citar exactamente el texto de Alvar Núñez. Por ser uno de los cronistas que historiaron América, sin haberla conocido, es de suponer que se basara para ese capítulo en la lectura del texto de los *Naufragios*.

La Florida del Inca (1605, pero redactada antes de 1590) es el otro testimonio a que nos referimos. El texto de Garcilaso, inspirado fundamentalmente en la expedición de Hernando de Soto a La Florida, se basa, en cuanto a la observación del terreno en especial, de esta fuente escrita, que Garcilaso anotará y comentará repetidas veces, mostrando su acuerdo o desacuerdo con las observaciones de Núñez. ¹⁰

TRINIDAD BARRERA

⁹ Yáñez, Agustín: *El contenido social de la literatura iberoamericana*. Acapulco, ed. Americana, 1967, pág. 32.

¹⁰ Véase Miró Quesada, Aurelio: *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*. Madrid, Cultura Hispánica, 1971, págs. 348-349, donde se comenta ampliamente estos aspectos.

MESTIZAJE LITERARIO Y ELEMENTOS NOVELESCOS EN «LOS NAUFRAGIOS»

«Antes que producto cultural, mucho antes que fenómeno artístico, la literatura es instrumento de construcción americana». ¹¹ Esta frase de Agustín Yáñez resume con la máxima exactitud la significación de las crónicas en el panorama de la literatura hispanoamericana: la palabra inventa o crea el Nuevo Mundo para la mentalidad occidental; «victoria del nominalismo», llama Octavio Paz a esa ironía histórica que hizo que en América el nombre precediera a la realidad. Con esa palabra se edifica ya una nueva literatura que responde a «la imperiosa necesidad de ajustar el idioma original a las necesidades del alma que ha tomado contacto con una realidad, que aunque quisiera no se podría destruir y ha de tomarse como elemento imprescindible de una nueva composición racial, sociológica y cultural». ¹² Este fenómeno se conoce con el nombre de mestizaje literario. Una primera instancia de dicho mestizaje ya ha sido analizada anteriormente en sus implicaciones sociales, culturales y étnicas a través del encuentro-enfrentamiento entre dos culturas, la española y la indígena, pero no menos valiosa es la que corresponde a los moldes literarios utilizados por los cronistas en la redacción de sus obras para expresar una realidad que sobrepasaba los límites de su imaginación. ¿Acaso no es mestizaje literario —tomado en sentido amplio— que los conquistadores y cronistas vivieran en América lo que se escribía en España?

Nadie mejor que Alejo Carpentier ha sabido transmitir esta idea para exponer el concepto de lo «real maravilloso»: «Lo real maravilloso..., que yo defiendo, y es lo real maravilloso nuestro, es el que encontramos en estado bruto, latente, omnipresente en todo lo latinoamericano. Aquí lo insólito es cotidiano, siempre fue cotidiano. Los libros de caballería se escribieron en Europa, pero se vivieron en América, porque si bien se escribieron las

11 Yáñez, Agustín: op. cit., pág. 9.

12 *Ibidem*, pág. 21.

aventuras de Amadís de Gaula en Europa, es Bernal Díaz del Castillo quien nos presenta con su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, el primer libro de caballería auténtico». ¹³

Prisma de luz, la crónica de Indias se polariza en distintos brotes literarios. Lo real maravilloso es uno. La prefiguración de lo que había de constituir «las literaturas heterogéneas», otro. Antonio Cornejo Polar nos define la «literatura heterogénea» como aquella en la que «uno o más de sus elementos constitutivos corresponden a un sistema socio-cultural que no es el que preside la composición de los otros elementos puestos en acción en un proceso concreto de producción literaria». ¹⁴ Dicho de otro modo, de todos los elementos que configuran el texto literario, sólo uno de ellos pertenece al universo indígena:

- a) la instancia productiva es ajena al mundo indio. Ni el autor ni su sistema de valores pertenecen a él.
- b) el cauce genérico y la lengua también son extraños.
- c) el receptor o lector a quien va dirigida la obra excluye al indio.
- d) Y, por último, el único elemento que pertenece al ámbito indígena es el referente, la realidad evocada en la crónica, que corresponde al Nuevo Mundo.

Según Cornejo Polar, la aparición de este último elemento, contra la occidentalización de los anteriores, basta para crear la heterogeneidad en la obra, o el mestizaje, como también podemos llamarlo.

En los *Naufragios* de Alvar Núñez que —aún con su inevitable dosis de fantasía— es un relato verídico convergen distintos elementos de la literatura europea en general y la española en particular: los libros de caballería, la novela picaresca y la no-

¹³ Carpentier, Alejo: *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. Madrid, Siglo XXI, 1981, pág. 130.

¹⁴ Cornejo Polar, Antonio: *La novela indigenista*. Perú, Editorial Losantay, 1980, pág. 33.

vela bizantina; de modo que los constituyentes de formas novelescas conocidas o aún en embrión, como la picaresca, encarnan con trazos vigorosos en la aventura del explorador jerezano Cabeza de Vaca, resultando de ello una amenísima crónica novelesca.

¿No venían a suplir obras de este tipo la ausencia de novelas en la literatura hispanoamericana del siglo XVI e incluso a justificarla? Así lo ha visto Luis Alberto Sánchez en su *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*: «Si todo era, en aquellos días, para los españoles en América, sorpresa, revelación, deslumbramiento, prodigio, ¿a qué apelar a fábulas si la fábula era la atmósfera misma que respiraban, si lo maravilloso estaba en narrar lo acaeciente, en referir lo acaecido?». ¹⁵

LOS «NAUFRAGIOS» EN SUS RELACIONES CON OTROS TEXTOS

A) *El ideal caballeresco*

Desde la publicación por primera vez en 1949 de *Los libros del conquistador* de Irving A. Leonard se ha venido insistiendo sobre la importancia del influjo que esta literatura popular de comienzos del siglo XVI ejerció sobre la moral, la conducta y el pensamiento del conquistador, y en qué medida impulsó sus arriesgadas empresas, particularmente el *Amadís*. Muchos de los mitos y fabulaciones que aparecían en esas obras eran interpretados como reales por los cronistas, quienes se afanaron en la búsqueda de la Fuente de la Juventud, las Siete Ciudades encantadas, El Dorado, Las Amazonas, etc., interpolando sin aspavientos realidad y fantasía en sus aventuras y en sus crónicas.

Sin embargo, los *Naufragios* no abundan en esas creencias de tipo mítico tan patentes en otras crónicas; lo que más se aproxima a ellas es el viaje realizado a Apalache en busca de oro. La obra que nos ocupa no partió del mito pero sirvió para crear nuevos mitos. Y lo que más aproxima esta crónica a los ideales ca-

¹⁵ Sánchez, Luis Alberto: *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*. Madrid, Gredos, 1968, pág. 74.

ballerescos es la dimensión casi heroica de un hombre, sin ningún tipo de recursos, enfrentado a un doble enemigo, el natural y el humano, y su lucha por la supervivencia en un medio tan hostil. Las adversidades alcanzan tal magnitud que opacan la personalidad de Alvar Núñez hasta absorber totalmente nuestra atención. Mas una lectura minuciosa de la obra no puede pasar por alto ciertos momentos en los que Cabeza de Vaca, tras superar las pruebas correspondientes, da la talla del héroe.

Irving A. Leonard ha constatado cómo para el español individualista, las prodigiosas hazañas que los héroes imaginarios de los libros de caballería llevaban a cabo sin ayuda de nadie tenían un atractivo especial: «Para la cándida generación de la primeras décadas del siglo XVI, estos fascinantes libros de caballería constituían un espejo donde el lector se veía retratado en la actuación valerosa y triunfal del héroe, con cuyos azares se identificaba completamente, y las costumbres que con tanta brillantez se relataban en esas páginas ofrecían el modelo que imitaba la sociedad renacentista. Valor individual frente a los mayores obstáculos, aceptación estoica de desventuras y heridas, exaltado sentido del honor y de la dignidad personal, maneras corteses y un concepto caballeresco del amor, todo esto reflejaba los más altos ideales del carácter español, forjado en un largo y triunfante batallar contra el extranjero infiel, invasor de la Península». ¹⁶

Por de pronto dos rasgos perfectamente asimilados a los héroes caballerescos se reiteran hasta la saciedad en los *Naufragios*: la fidelidad al rey y la religiosidad. El primero hace su aparición en el tercer capítulo y culmina en el XXXVI en que le hace una llamada de atención para que evangelice estas tierras: «Dios nuestro Señor por su infinita misericordia quiera que en los días de vuestra majestad y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor, que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que vuestra majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto» (547, XXXVII).

La fe religiosa resulta tanto más ostensible cuanto mayores

16 Leonard, Irving A.: op. cit., pág. 49.

las dificultades que se van presentando, sólo por ella se explica la extraordinaria resistencia y el paciente estoicismo de Núñez: «No tenía, cuando en estos trabajos me vía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padesció que no aquel que yo entonces sufría». (536, XXII).

Al margen de estos rasgos que podríamos denominar extrínsecos se perfilan otros no menos caballerescos pero intrínsecos a la personalidad de nuestro autor. Tal es la importancia que concede a la honra aún a costa de arriesgar su vida. En efecto, habiendo reunido Pánfilo de Narváez a algunos de los que le acompañaban, Alvar Núñez entre ellos, para pedirles opinión si debían internarse en la tierra o continuar por la costa, el único que se opuso a lo primero fue él, quien consideraba esta decisión mucho más arriesgada que la segunda. No obstante cuando Narváez le propone que él permaneciera en los navíos mientras ellos se internaban en la tierra se niega con estas palabras: «a lo cual respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos, ni los navíos a él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro, y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos, y dar ocasión que se dijese que, como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición, El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó á otros muchos que me hablasen en ello y me lo rogasen; á los cuales respondí lo mismo que á él; y así, proveyó por su teniente, para que quedase en los navíos, á un alcalde que traía, que se llamaba Caravallo (520, V)».

En otra ocasión el patrón heroico se ajusta a la resistencia física que lo distingue del resto de sus compañeros: «y con ser invierno, y el frío muy grande, y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho á desmayar, de tal manera, que cuando el

sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella, unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido, y entre todos ellos á esta hora no había cinco hombres en pié; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestro y yo que pudiésemos marear la barca, y á dos horas de la noche el maestro me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir; y así, yo tomé el leme...» (525, X).

También se muestra el más osado y atrevido junto con Castillo, Dorantes y Estebanico cuando se ve obligado a ejercer como médico para ser aceptado entre los indios: «venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar cometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos» (535, XXII).

¿Alarde o simplemente sinceridad? En todo caso, creemos que no debe soslayarse cierto prurito de soberbia y vanidad así como el propósito de subrayar su protagonismo en la exploración de la Florida, habida cuenta que detrás de cada crónica se ocultaba entre otros fines la aspiración a recibir provecho económico y ascender en la escala social.

Frente a las características citadas, la ausencia, no ya de la dama, sino de la mujer, es rasgo que distingue notoriamente a los *Naufragios* de los libros de caballería. Esta ausencia sorprendió a Dionisio Ridruejo en su prólogo al libro de Alvar: «Es una pena que Alvar Núñez sea tan sumario y, en algunos aspectos, tan pudoroso. Sólo al pudor puede atribuirse el silencio sobre su relación con las mujeres indígenas, de las que por fuerza hubieron de usar, pues no se comprendería una abstinencia de siete años por parte de hombres vigorosos, ni hubiera sido fácil su integración en las tribus sin cubrir ese trámite». ¹⁷

Ese pudor al que alude Ridruejo se capta en un fragmento de la obra, ya hacia el final, que, sin duda, provoca la sonrisa del lector. Después de haberse encontrado con tribus que andaban desnudas sin que ello le produjera más que indiferencia, por fin llega a un poblado cuyas mujeres le merecen esta descripción:

17 Núñez Cabeza de Vaca, Alvar: *Naufragios y comentarios*. Edición y presentación a cargo de Dionisio Ridruejo, Madrid, Taurus, 1969, pág. 17.

«Entre estos vimos las mujeres más honestamente tratadas que á ninguna parte de Indias que hobiésemos visto. Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias-mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan el suelo, y enjabonánlas con unas raíces que alimpian mucho, y ansí las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas correas...» (543, XXXI).

Para explicar el silencio de Núñez Cabeza de Vaca tal vez nos sirva un comentario de Borges y Bioy Casares a propósito del poeta Bartolomé Hidalgo: «En una sociedad primitiva la lealtad y la amistad son fundamentales, ya que todo hombre está amenazado por múltiples peligros... También es importante una compañera, pero la escasa perplejidad psicológica y las indeclinables exigencias de una vida atareada y riesgosa prohíben las cavilaciones sentimentales». ¹⁸

Si los *Naufragios* es una obra absolutamente verídica tenemos que preguntarnos qué clase de hombre fue éste, que permaneció seis años en la isla del Mal Hado por una «magnanimidad» propia de un caballero medieval: «La razón por que tanto me detuve fue por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo» (529, XVI). Idéntica liberalidad manifiesta en su toma de posición ante la polémica sobre la conquista que considera debe ser pacífica, y que nos recuerda las maneras corteses de los libros de caballería: «por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas á ser cristianos y á obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no» (544, XXXII). Sirvan estas palabras para incluirlo en la nómina de los representantes del humanitarismo filantrópico encabezada por Bartolomé de las Casas.

B) *Episodios picarescos*

Los contados autores que se han ocupado de comentar, siquiera de pasada, los *Naufragios* suelen aludir a la presencia del

¹⁸ Borges, Jorge Luis; y Casares, Bioy: «Prólogo» a *Poesía gauchesca*. México-Buenos Aires, FCE, 1955, tomo I, pág. XII.

elemento picaresco. En rigor, aunque sólo sea por razones temporales, resulta imposible adscribir esta crónica a la narrativa picaresca puesto que si bien el género se estaba ya gestando, aún no había dado ningún fruto; no obstante, es bien sabido que muchos de los rasgos de la novela picaresca han existido antes de 1554, fecha de aparición del *Lazarillo de Tormes*, en la literatura española y aún en todas las literaturas de Europa.

Entre los diversos rasgos que pueden inventariarse de este género, y cuya presencia se hace ostensible en los *Naufragios*, cuentan entre otros el ser relatos autobiográficos y desarrollarse en forma lineal como una sucesión de episodios. Pero lo que nos ha llamado particularmente la atención es una de las causas que, según Pfandl, originan la aparición de la picaresca, a saber, el carácter inquieto y aventurero de todo el pueblo hispano, provocado por las innumerables empresas nacionales en Europa y en el Nuevo Mundo: la vida de cualquier español de entonces podría inspirar una biografía de excepción. Alvar Núñez, ciertamente, no es un pícaro en sentido estricto, pero las penalidades que se ve llevado a soportar: el hambre, el frío y los esfuerzos físicos, que en tales condiciones alcanzaban magnitudes hercúleas; las vicisitudes por las que atraviesa en una naturaleza tan fascinante como inhóspita, y, finalmente, el riesgo que representaban algunas tribus indígenas temerosas y desconfiadas, son circunstancias equiparables a la vida truculenta y sombría del pícaro, aunque lo separa de éste su cariz heroico.

De todos estos rasgos, el hambre constituye un verdadero leitmotiv que aparece por primera vez en el capítulo IV y, con contadas excepciones, persiste a lo largo del relato hasta que en el capítulo XXXI siguen el camino del maíz. Entretanto, son numerosas las ocasiones en que el hambre y el frío asociados ponen en peligro la vida de estos hombres: «Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales, que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte. De mí se decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me ví en necesidad de comerlo crudo; porque, aunque se mataron los caballos entre tanto que las barcas se hacían, yo nun-

ca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos» (526, XII).

Cuando no, el hambre alcanza dimensiones pantagruélicas: «y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron á tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese» (527, XIV).

No llegan a tal extremo los indios quienes, como en el caso de los mareames, se conforman con comer arañas y huevos de hormigas, gusanos y lagartijas, culebras y víboras, tierra, madera e incluso estiércol de venado. (XVIII). Ese gusto por la descripción hiperbólica, ¿acaso no constituye un claro precedente del realismo mágico convertido hoy, por arte de la crítica en toda una corriente de la narrativa hispanoamericana actual?

Otro rasgo de filiación picaresca tanto más sorprendente por lo inusitado del contexto en que aparece es el cambio de oficio y el servicio a distintos amos, que también experimenta Alvar Núñez en su odisea americana. Concretamente, ejerce primero como mercader, más tarde como médico («físico», lo llama él) y, finalmente, presta servicio a distintos indios-amos. En el capítulo XVI de la crónica nos da cuenta de cómo las penosas tareas que tenía que realizar con los indios que lo protegían lo llevaron a cambiar de amos e irse a vivir con otros indios más llevaderos, de la misma manera que Lázaro de Tormes, huyendo del hambre sirvió en primer lugar a un ciego y, sucesivamente, a un clérigo, un escudero de Toledo, etc.: «Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla más de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacían, determiné de huir de ellos y irme á los que moran en los montes y Tierra-Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podía sufrir la vida que con estos otros tenía; porque, entre otros trabajos muchos, había de sacar las raíces para comer de bajo del agua y entre las cañas donde estaban metidas en la tierra; ... Y por esto yo puse en obra de pasarme a los otros, y con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a

otras por cosas que ellos habían menester; ... y este oficio me estaba a mi bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería, y no era obligado a cosa alguna, y no era esclavo, y donde quiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer, por respeto de mis mercaderías, y lo más principal porque andando en ello, yo buscaba por dónde me había de ir adelante, y entre ellos era muy conocido» (529, XVI).

El oficio más duradero será el de médico, que ejercerá junto con Dorantes, Estebanico y, en menor medida, Castillo, y les proporcionará un ascendiente sobre los indios hasta el punto de ser llamados «Hijos del sol». Entre las curaciones más curiosas figura la de un indio —probablemente bajo los efectos de una catalepsia— a quien todos daban por muerto: «y así, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según á mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes... y hecho esto, nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, á quien dí las tunas, se quedaron allá; y a la noche se volvieron á sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos, se había levantado bueno y se había paseado, y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres» (534, XXII).

Frente a este tipo de curaciones que indudablemente son casuales y que Alvar, hombre muy religioso, atribuía a la providencia divina, en otra ocasión, con más seriedad, llega incluso a ejercer como cirujano para extraerle a un indio la punta de una flecha que tenía clavada en el pecho.

De todos modos, en esos segmentos se produce una trasposición más que voluntaria de determinados pasajes del Nuevo Testamento al ámbito americano; no faltan curaciones milagrosas, el desplazamiento de grandes masas de indios acompañando de pueblo en pueblo a estos nuevos «Hijos del sol» y la fe de los que esperaban ser curados a su paso. Veamos algunos ejemplos significativos. En el capítulo XXVIII nos cuenta: «Otro día nos trajeron toda la gente del pueblo, y la mayor parte de ellos son tuertos de nubes, y otros de ellos son ciegos de ellas mismas, de que estábamos espantados» (539, XXVIII).

También en el capítulo XXII son dignos de mencionarse

dos fragmentos: «Otro día de mañana vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estaban tollidos y muy malos, y venían en busca de Castillo que los curase..., y él los rescebió, y a puesta del sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les enviase salud..., y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana todos amanecieron tan buenos y sanos» (534, XXII). Y más adelante: «Todos aquellos á quien esta fama llegaba nos venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos á sus hijos» (534, XXII).

A estos elementos picarescos que encontramos en los actantes españoles no permanecen ajenos los propios indígenas. La astucia, que perfila la imagen del pícaro en cada uno de sus actos y que hallamos en Alvar Núñez y sus amigos como recurso necesario para sobrevivir, la utilizan los indios no ya contra los españoles, sino, sirviéndose de éstos, contra los de su raza. En consecuencia, se plantean una serie de situaciones esperpénticas en las que campea el tono humorístico.

Una de ellas es la que Alvar Núñez nos describe con sumo detalle en el capítulo XXVIII como una «nueva costumbre»: «y llegamos á un pueblo de hasta de veinte casas, adonde nos recibieron llorando y con grande tristeza, porque sabían ya que adonde quiera que llegábamos eran todos saqueados y robados de los que nos acompañaban, y como nos vieron solos, perdieron el miedo, y diéronnos tinas, y no otra cosa ninguna. Estuvimos allí aquella noche, y al alba los indios que nos habían dejado el día pasado dieron en sus casas, y como los tomaron descuidados y seguros, tomáronles cuanto tenían, sin que tuviesen lugar donde asconder ninguna cosa; de que ellos lloraron mucho; y los robadores para consolarles les decían que éramos hijos del sol, y que teníamos poder para sanar a los enfermos y para matarlos, y otras mentiras aun mayores que estas, como ellos las saben mejor hacer cuando sienten que les conviene; y dijéronles que nos llevasen con mucho acatamiento, y tuviesen cuidado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diesen todo cuanto tenían, y procurasen de llevarnos donde había mucha gente, y que donde

llegásemos robasen ellos y saqueasen lo que los otros tenían, porque así era costumbre» (539, XXVIII).

M. Serrano y Sanz, refiriéndose a estos y a otros hechos similares que acontecen en los *Naufragios* manifiesta su duda acerca de la veracidad del autor: «Los sucesos expuestos en los XXIII capítulos primeros y en los últimos, a partir de la llegada de Culiazán, parecen fidedignos; en los restantes hay cierta vaguedad geográfica, efecto acaso de no tener Alvar Núñez espíritu de observación; costumbres que no solían verse en las naciones bárbaras de América, como es robarse unos pueblos a otros, a ciencia y paciencia de los despojados, y un supersticioso concepto del hombre blanco, llevado a la mayor exageración que se ha visto en alguna tribu salvaje del mundo». ¹⁹

C) *Recursos de la novela bizantina en «Los Naufragios»*

El hecho de tratarse del relato de una expedición continuamente expuesta a la aventura ya es motivo más que suficiente para conectar los *Naufragios* con la técnica de la novela bizantina, aunque los protagonistas en este caso no sean dos amantes «jóvenes de belleza incomparable, alta nobleza y amor sin igual». ²⁰ Ahí están otros aditamentos como peligros, navegaciones, naufragios, luchas, cautiverios y fugas, para rubricarlo.

El primero de los elementos citados, el peligro, es inherente al carácter aventurero de la empresa y se manifiesta de diversas maneras: el hambre, el frío, el medio, las reacciones imprevisibles de los indígenas, etc.; por otra parte, las navegaciones sirven de marco propicio para iniciar el relato, con la llegada a la isla de Cuba, y concluir con el regreso a la Península.

El título de la crónica se destaca como un anuncio de la importancia del naufragio en la obra como elemento desencadenante

¹⁹ Serrano y Sanz, M.: *Advertencia a Relación de los Naufragios y Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Madrid, Librería general de Victoriano Suárez, 1906, pág. VIII.

²⁰ Crespo Güemes, Emilio: *Introducción a Las Etiopicas o Teagenes y Cariclea de Heliodoro*. Madrid, Gredos, 1979, pág. 21.

de la trama. El primero ocurre en la villa de Trinidad (capítulo I); en otro momento, queriendo cruzar el río Mississippi (probablemente) son arrastrados por la corriente hacia el mar (capítulo X); otro importante naufragio es el que le ocurre al gobernador Pánfilo de Narváez (capítulo XVII).

En lo referente a luchar, no escasean los enfrentamientos con los indios. En Aute, por ejemplo, ocurre una importante refriega que Alvar Núñez nos comenta con esa poderosa fantasía en la que Alejo Carpentier ha sabido hallar las raíces del realismo mágico practicado por la nueva narrativa hispanoamericana. «En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pie de un álamo, que entraba por él un gemo. Cuantos vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes» (522, VII).

A propósito de esta cuestión escribe Irving A. Leonard: «No es necesario esclarecer si la fantasía del conquistador se alimentó en las fuentes que encontraba en el Nuevo Mundo o con las ficciones que traía consigo; quizás la posible conclusión sea que ambas concepciones coincidan en buena parte». ²¹

No vamos a detenernos en lo relativo a cautiverios porque ya ha sido tratado anteriormente, tan sólo, matizar que desde el capítulo XIV hasta el XX Alvar sufre una suerte de cautiverio porque presta servicio a los indios; lo que ocurre es que esta situación no entrañaba exactamente esclavitud, más bien supeditación. De ahí, que Alvar y sus amigos para marcharse a otras tierras tengan que huir, cumpliéndose así otra característica de la novela bizantina. Esa huída del capítulo XX posee enorme interés para la narración; ella motiva la trama de lo que podría considerarse la segunda parte del relato: la huída de Alvar, Cas-

21 Leonard, Irving A.: op. cit., pág. 301.

tillo, Dorantes y Estebanico desde la isla de Mal Hado a otras tierras que les sitúan en la ruta de poblaciones cristianas, lo cual precipita inevitablemente la acción hacia su desenlace, aunque en ese intervalo ocurren muchas otras cosas.

Intencionadamente hemos reservado para tratar en último término el recurso que en mayor medida aproxima los *Naufragios* a la novela bizantina, al tiempo que se presta a un juego enormemente enriquecedor para el tejido narrativo: el encuentro y reconocimiento de personajes cuyas vidas, inicialmente unidas, en un momento dado se separan para más tarde volverse a encontrar. El procedimiento original en la novela bizantina se conoce con el nombre de anagnórisis y consistía en el reconocimiento inesperado de un personaje por otro. De ahí pasó al teatro, y ha sido muy utilizado en toda clase de novelas. Su función más destacada es crear un efecto dramático. En el capítulo X de los *Naufragios*, como consecuencia de una tempestad, las bárucas se separan unas de otras y Alvar Núñez llega a tierra solo con los suyos. Tres capítulos más adelante se produce el primer reencuentro con Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, con toda la gente de su barca: «Y llegados á nosotros, se espantaron mucho de vernos de la manera que estábamos, y rescibieron muy gran pena por no tener qué darnos; que ninguna otra cosa traían sino la que tenían vestida». (527, XIII).

En el capítulo XIV los indios que tenían a Dorantes y a Castillo se pasaron a otro lugar de Tierra Firme; entretanto, Alvar Núñez permanece solo con unos indios durante seis años. Más adelante, en una escena aún más dramática que la anterior vuelven a encontrarse los amigos: «y cuando me vió fue muy espantado, porque había muchos días que me tenían por muerto, y los indios así lo habían dicho. Dimos muchas gracias á Dios de vernos juntos, y este día fue de los de mayor placer que en nuestros días habemos tenido» (530, XVII).

Aún sufrirán una nueva separación durante un período de un año (capítulo XIX) hasta que por fin puedan unirse definitivamente (capítulo XX). Qué duda cabe que la intención de Núñez Cabeza de Vaca al relatar tan pormenorizadamente estos encuentros y desencuentros no puede ser meramente informativa, más bien res-

ponde al propósito de suscitar una intriga, de mantener la tensión y con ella el interés del lector, siempre presente en su crónica.' Anderson Imbert ha captado bien este rasgo de literariedad cuando expresa: «Cabeza de Vaca sabe contar. Centra su relato en el «yo», y sin perder de vista al lector (es uno de los cronistas que escriben para el lector) va evocando sus aventuras en un estilo rápido, rico en detalles reveladores, emocionante, fluído como una conversación y, sin embargo, de dignidad literaria». ²²

Ese lector virtual asoma a veces en el texto dejando el narrador que sea él mismo quien interprete los hechos o los imagine: «Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver que tales estaríamos» (526, XII).

D) *Otras convergencias literarias*

Hasta el momento hemos hablado de los *Naufragios* remitiendo sus peculiaridades literarias a una serie de subgéneros concretos: los libros de caballería, la novela picaresca y la novela bizantina. Nos resta medir el alcance de esta crónica como manifestación temprana de una literatura así como sus posibles ramificaciones.

A lo largo de los *Naufragios* se produce en Cabeza de Vaca un proceso regresivo por el que paulatinamente se va despojando de todos sus atributos de hombre civilizado para convertirse forzado por el medio en un hombre primitivo. Es justamente esa aptitud robinsoniana para desenvolverse en un medio adverso la que le confiere atributos casi heroicos, sólo compartidos con otros tres compañeros, y la que, junto con su fe en Dios, le ayudan a sobrevivir.

Algunas manifestaciones de este «homo faber» ya han sido analizadas, pero tal vez merezca la pena recordar un episodio en que Alvar Núñez se pierde del resto de sus compañeros y de los indios y nos cuenta cómo se protegía del intenso frío para sobre-

²² Imbert, E. Anderson: *Historia de la literatura hispanoamericana*. México, FCE, 1954, pág. 40.

vivir: «y plugo á Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y á la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví á buscarlos, anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí, y para las noches yo tenía este remedio... en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cría en muchos árboles..., y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz..., y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches» (534, XXI).

No podemos por menos que traer a colación aquel episodio memorable de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega relativo a la historia de Pedro Serrano cuya aventura diera nombre a la isla Serrana. En el capítulo VII nos anticipa el Inca la síntesis de aquel suceso, desarrollado más ampliamente en el capítulo VIII: «La isla Serrana que está en el viaje de Cartagena a la Habana, se llamó así por un español llamado Pedro Serrano, cuyo navío se perdió cerca de ella, y él sólo escapó nadando, que era grandísimo nadador, y llegó a aquella isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo para tener leña y agua y sacar fuego (es un caso historial de grande admiración...)».

¿No pudo constituir la crónica de Alvar Núñez un antecedente de este episodio? Salvando las distancias, se observan al menos dos similitudes: el naufragio como punto de partida para un nuevo «modus vivendi» y la sorpresa y el desconcierto que la imagen de ese hombre nuevo primitivo provoca en el cristiano que le ve por vez primera. Además Miró Quesada cita los *Naufragios* entre las fuentes informativas del Inca Garcilaso.

En este punto, podríamos trazar una línea de parentesco entre la crónica que nos ocupa, el Inca Garcilaso, *El cautiverio feliz* de Pineda y Bascuñán, *Los infortunios de Alonso Ramírez*, de Sigüenza y Góngora, pasando por los libros descriptivos del siglo XVIII hasta llegar al hito más importante de esta trayectoria:

Horacio Quiroga, autor que, a juicio de Fernando Ainsa tipifica espléndidamente en su vida y en su obra el Robinson Crusoe hispanoamericano. A partir de Quiroga el enfrentamiento del hombre con el medio natural hará historia en la narrativa de Hispanoamérica.

Con estos mínimos datos hemos querido consignar la importancia de una obra que no ha sido aquilatada como merece, tal vez porque como crónica histórica carezca de interés. Pero, ¿acaso no es por ello un ejemplo como pocos del camino que habían de recorrer aquellas primeras muestras, más históricas que literarias, llamadas «crónicas de Indias» para convertirse progresivamente en obras de ficción?

No en balde, como afirma Sáinz de Medrano, «estas obras (las crónicas) son también literatura, no se quedan en esta funcionalidad de reflejar hechos... en ellas se produce ese fenómeno prodigioso que desborda el límite de la obra científica para entrar en el terreno de la poesía, en virtud de que el mensaje mismo, su configuración, el aspecto palpable de sus signos cobran vida y relieve propios». ²³

Algunos autores han sabido captar el papel precursor de los *Naufragios* con respecto a narraciones posteriores. Así, a propósito de *El cautiverio feliz* escribe Raquel Chang-Rodríguez: «*El Cautiverio feliz* retoma la línea descriptiva de los *Naufragios* de Cabeza de Vaca y de las *Cartas* de Cristóbal Colón». ²⁴

También *Los infortunios de Alonso Ramírez* de Sigüenza y Góngora guardan estrecho parentesco con los *Naufragios*; ambas son descendientes legítimos de la *Odisea* como todo relato de aventuras, y más estrictamente, los dos personajes ejercen como mercaderes ambulantes, padecen hambre, caminan mucho a pie como los primitivos andariegos, naufragan y arrostran diversos peligros.

Pero nadie ha llegado más lejos que Carlos Gortari en la estimativa de esta obra: «Fue una novela de aventuras insertada con toda la picaresca, un libro de caballería histórico, una premonición

²³ Sáinz de Medrano, Luis: op. cit., pág. 22.

²⁴ Chang-Rodríguez, Raquel: *El cautiverio feliz y la narrativa histórico-literaria en Indias*, en «XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana», tomo III, Madrid, 1978, pág. 1.367.

literaria de algún capítulo de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. El relato de todas estas aventuras, *Naufragios*, sí nos trae una impresión típicamente americana; los grandes espacios, la ultradimensión; esa sensación de que todo es posible, que está en el viaje mental del Kafka de *América*, o en el cosmos titánico y mineral, como en el primer día de la creación de algunos poemas de Neruda, con su sabor a distancia y su añoranza antipodal de un Ulises que trata de volver a Itaca». ²⁵

En último término parece necesario recuperar este tipo de obras desde una perspectiva literaria y no bajo apreciaciones de carácter exclusivamente histórico a las que hasta el momento ha estado sometida, para completar así el camino ya recorrido por algunos novelistas contemporáneos al utilizarlas como fuentes y, en muchos sentidos, como modelos.

CARMEN DE MORA

²⁵ Gortari, Carlos: *Literatura hispanoamericana*. Madrid, Doncel, 1971, pág. 25.